

dejarle en las solas manos de su enfermera. Voy á escribir una receta; no necesita más que algo de quinina, y mañana ó pasado se levantará.

El mayor se inclinó, y recordando que el médico fué traído por Metcalfe y de Vaux, se sintió estremecido por una grave sospecha.

Luego de escrita la receta, Sir Astley Cooper se retiró muy confuso por la gratitud que le demostraban.

Llegó el otro médico al cabo de media hora, y quedó suspenso al ver al enfermo sentado en la cama y ocupado en los preludios de un magnífico yantar.

Ante la evidencia del restablecimiento no pudo llevarle la contraria al teniente, quien sostenía que se hallaba ya en estado de prescindir de visitas facultativas. El doctor salió de la estancia luego de tomar los honorarios que le tendió el mayor Campbell con gesto despreciativo.

—Pues, señor—dijo Teddy mientras se cerraban nuevamente la puerta—llegó mi turno. Los señores Sturmer y compañía han obrado hasta hoy á su antojo. Tamafitos van á quedar en cuanto me ocupe del desquite.



CAPITULO X

LA ÚLTIMA PUESTA



PRANSCURRIDOS algunos días, Hervey continuó su existencia normal, con todas las apariencias de hallarse mejor que nunca. Fué éste un golpe terrible para los conspiradores, y aumentó la aprensión cuando el capitán Metcalfe, retenido aun en su cuarto, recibió una breve nota del secretario militar, quien le participaba de parte del general en jefe que puesto que al señor Metcalfe le parecían sus compañeros tan enojosos que en el plazo de dos años se había visto obligado á llevar á tres de ellos al terreno, le convenía dimitir sin dilaciones.

Tuvo lugar en Saint-James Square más de una reunión entre Sturmer, de Vaux y lord Ely. Resultado de ellas fué el inmediato establecimiento, como por ensalmo, de la mayor intimidad entre el vizconde y Teddy. Los dos jóvenes eran de la misma edad y pertenecían á idéntico regimiento; en cualquier otra circunstancia la susodicha intimidad nada hubiera tenido de particular. Mas, conociendo las relaciones que mediaban innegablemente entre Ely y los principales jefes del complot, el mayor Campbell no acertaba á comprender en lo más mínimo el nuevo giro de los acontecimientos.

Hallando á Teddy al cabo de algunos días, quiso interpellarle.

—No os veo al presente con mucha frecuencia—observó.

—Es verdad, no nos vemos con frecuencia. No obstante, no será porque yo lleve vida de recluso. Ayer por la noche fui á Cremorne; los jardines estaban soberbiamente iluminados, cundió la bulla, y levantaron un globo.

El mayor observó al joven oficial no sin zozobra.

—¿Fué Ely con vos?—acabó diciendo con brusquedad.

—Sí, estuvo también allí—respondió el otro, afectando un aire despreocupado.

Campbell insistió:

—¿Andáis ahora frecuentemente con él?

—Sí, sí; nos frecuentamos mucho de unos días acá.

—¿Os place el muchacho?

—No es ese el verbo adecuado. Él es un compañero bastante simpático cuando no está bebido.

—Ea, Teddy, estamos perdiendo el tiempo. ¿Con qué motivo cultiváis la amistad de Ely?

—Para descubrir el suyo al cultivar la mía.

Esta inesperada contestación abrió desmesuradamente los ojos del mayor. No creía á Teddy tan astuto.

—¿Y no va á ser ésto un juego peligroso?

—Quizás. Pero me hallo decidido á intentar la partida. Quiero penetrar en lo más hondo de esos misterios, á toda costa. La princesa me ha invitado á que la visitara, quiere darme las gracias; pero yo he jurado

no ir hasta haber descubierto á que meta pretenden llegar Sturmer y sus acólitos. Ely bebe mucho, y un día, cuando esté bebido, le haré cantar.

Campbell manifestó su duda con un gesto.

—Deseo que venzáis. Pero en tanto, ¿podéis decirme qué móvil le guía con respecto á vos? ¿Se trata sólo de un espía contratado para vigilaros ó de algo peor?

—No creo que sea un espía; y, si lo fuere, no sería el único. Una ó dos veces me ha parecido notar recientemente que me espiaban. Ignoro el plan de Ely, pero, sea el que fuere, no me cogerá desprevenido.

—¿Iréis esta noche al banquete de Waterloo?—preguntó Campbell, renunciando á formular cualquier prudente aviso.

—No. ¿Se habla todavía de ello? Creí que se había suspendido á causa de la enfermedad del rey.

—Querían suspenderlo, ó al menos el duque había escrito á Su Majestad proponiendo el aplazamiento hasta su curación, pero el Rey ha querido que se celebrase como de costumbre.

El último parte de Windsor da á entender que se encuentra mejor.

—¡Ah, con qué se celebra esta noche!

—¿Estamos hoy á diez y ocho?

—Naturalmente. Pues bien, no podré asistir. He prometido ir esta noche al círculo á comer con Ely. Luego haremos una partida de ecarté.

—¡Cuidado, Teddy! ¡Acordaos de vuestra última partida con esa banda!

—No hay que temer. Ely no es un duelista, y además yo no iba á batirme con él aunque me provocase. Pero ayer le gané una bonita suma, y debo ofrecerle el desquite.

Campbell enmudeció. No obstante, salió con el ánimo invadido por las aprensiones, mientras el teniente tomaba el sombrero para ir en busca de Ely.

Aquella misma noche, á las ocho, los dos jóvenes se hallaban en el círculo, en Saint James Street, según habían convenido, y comían juntos, al parecer con la mayor cordialidad del mundo. El vizconde Ely bebió menos que de costumbre, pero con todo, parecía muy exci-

tado, deseando vivamente que terminara el agape para entrar en el salón de juego.

—Es inútil apresurarse de este modo — dijo Teddy, admirado de aquella impaciencia. — Disponéis de toda la noche para recuperar vuestro dinero.

—¿Pero, á qué esperar? — preguntó Ely al cabo de un instante.

—Ved, he aquí una botella que no ha dicho aún su última palabra — respondió Teddy que empezaba á holgarse con la impaciencia de su compañero.

—Pues que la lleven allí, y con ella otra de más precio. Cualquiera cosa, antes que permanecer en esta sala maldita.

Dicho esto, el abanderadose apartó de la mesa. Teddy levantó los hombros y le siguió al salón de juego. Allí se sentaron á una mesa, aledaña de la chimenea. Pidieron cartas, y empezó la partida.

Desgraciadamente Teddy había puesto en práctica el consejo de su compañero, y encargado otra botella de vino de Oporto. A medida que continuaba la partida y la suerte se

declaraba su enemiga, bebía más y más, y no tardó en estar más excitado que Ely.

—El diablo anda en la baraja — masculló, mientras su compañero mostraba un rey por tercera vez. — No me favorece esta noche la fortuna. En mi vida he sufrido semejante calamidad.

—Doblemos la puesta — indico Ely. — Eso os devolverá la suerte.

Teddy consintió, y empezaron de nuevo á jugar.

—He perdido hasta el último sueldo — exclamó Hervey, al cabo de una hora escasa de jugar.

—Vuestra firma es dinero — respondió el otro en tono indiferente, bajando los ojos para disimular el júbilo de su victoria.

Continuaron jugando. La puesta, al principio, había sido de á cinco guineas el punto. Luego la habían doblado, como ya queda dicho; pero en vista de que Hervey seguía perdiendo sin interrupción, el pequeño vizconde, bajando los ojos, le dijo fingiendo despreocupación:

—Pongámosla á veinte, si queréis; ello os dará mayor ventaja.

Hervey dudó. Su más claro instinto le aconsejaba rehusar, pero la tentación de recobrar el dinero era invencible.

—Como queráis—respondió. Y la partida empezó con ardor insuperado.

En aquel momento dos ó tres socios del círculo entraron en el salón, y, viendo aquel duelo á naipes, se acercaron á los jugadores. Teddy conocía vagamente á uno de ellos; era un teniente de dragones de la guardia, llamado Bouchier.

Duró el juego unos minutos, y luego dijo el oficial de dragones en alta voz:

—Apuesto cinco guineas por Hervey para la próxima partida.

La oferta fué inmediatamente recogida por otro espectador. La partida fué jugada y perdióla Teddy, y Bouchier gritó inmediatamente:

—¡Doblo la cantidad para la otra partida! Hervey, esta vez no hubierais perdido de haber rehusado cartas.

A pesar de que la mala suerte se encarnizaba contra Teddy, el dragón continuó arriesgando diferentes

cantidades en apuestas á su favor. Después de haber adquirido, según la costumbre que prevalece en esta materia, el derecho de aconsejar al jugador, no tardó en decirle:

—¿Por qué no aumentáis la apuesta? Es el único estilo para mudar fortuna.

Ely apoyó estas palabras: —No me espanta.—dijo.—La pondremos á cincuenta guineas, si Hervey quiere.

Compelido por tales insidias, el orgullo de Teddy le decidió al fin á aceptar. Jugaron de nuevo, y ganó Hervey un punto.

—¡Bravo!—gritó el apostador.—¡Otra vez!

Pero el cambio de estrella no persistió. Al cabo de otra hora Teddy lanzó una mirada á los pagarés que había firmado, y le aterró el total á que ascendían.

—Creo que basta con lo jugado—dijo tirando las cartas.

—No os rindáis aún—dijo Bouchier.—Os azoráis en el momento culminante.

Dos ó tres espectadores levantaron la voz para aprobar ó protestar.

Teddy miró al dragón con amarga sonrisa.

—¿Queréis que me juegue el grado de oficial?—preguntó.

El abanderado prestó atención al instante.

—Lo acepto, si os decidís á jugarlo.

Era aquélla una proposición muy conforme con la pasión del juego, entonces tan potente. Un murmullo de aprobación invadió la sala.

—Ea—dijo Ely dando un vistazo á las sumas que acababa de ganar.

—Van la mitad de mis ganancias contra vuestro nombramiento.

—Hecho—dijo Teddy repentinamente.—Al que de tres partidas gane dos, ¿no es eso?

—Sí tal.

Diéronse las cartas. Dos salidas, y terminó la primera partida. Teddy ganaba.

La animación había llegado á su período álgido. A la partida siguiente el vizconde dió las cartas y mostró el rey. Teddy pidió cartas. El otro rehusó. Jugaron y el vizconde fué al robo.

Tocaba dar al teniente. Tenía el rey y un segundo triunfo. Levantó

la cabeza, esperando ver á su compañero pidiendo cartas, pero éste jugó con las que tenía. Hervey sacó tres bazas y marcó dos puntos.

Daban cartas por tercera vez, cuando apareció un nuevo espectador, y se acercó á la mesa. El rumor de sus pasos había sonado familiarmente al oído de Teddy, pero éste se hallaba demasiado preocupado para fijarse en alguien, quien quiera que fuese. Careciendo de triunfos, pidió cartas. Ely estaba indeciso, miró hacia Bouchier por encima de los hombros de su contrario, enarcó las cejas y rehusó.

Teddy jugó y le coparon la primera carta. Mas al tocarle el turno al vizconde, la razón de su duda quedó en evidencia. No tenía carta alguna de valor, y su amigo ganó las tres bazas siguientes. Ahora estaban igualados en sus puntos: llevaban tres bazas cada uno.

Al exhalar un suspiro de satisfacción, Teddy levantó los ojos, y vió á su lado al mayor Campbell, que le miraba severamente.

—¿Qué apuesta jugáis, Hervey?—preguntó.

Teddy dobló la cabeza, sin atreverse á responder.

—Su grado de teniente—clamaron varias voces, dándole ávidamente al mayor detalles sobre lo ocurrido. En tanto, Teddy ofreció las cartas. Apenas las tuvo su contrincante, Ely levantó de nuevo la mirada sobre los hombros del teniente, y pidió cartas.

Mientras las tomaba, Campbell se acercó á Bouchier resueltamente, y le dijo unas palabras al oído.

El dragón se apartó, encandeciéndose hasta la raíz de los cabellos. Iba á hablar, cuando el mayor le hizo seña de que le siguiera, y le llevó al otro extremo de la sala.

—Fuera inútil negarlo, señor—le dijo en voz baja, pero recalcando firmemente sus palabras. Os he visto dos veces con mis propios ojos haciéndole señas. Si no tuviese razones particulares para evitar un escándalo en estos momentos, os hubiera descubierto públicamente á vos y á vuestro cómplice.

—Supongo, señor, que no ignoráis á lo que os habéis expuesto—dijo el dragón que había recobrado ya su aplomo, y hablaba en tono de desafío.

—Si entendéis formular una provocación, rehuso aceptarla—replicó severamente Campbell.—Y permitidme que os advierta que si alguna vez provocáis á cualquier amigo mío, iré sin tardanza á la presencia del general en jefe para darle á conocer las causas de vuestras cuestiones de honor.

Bouchier perdió su arrogancia súbitamente; en un instante la púrpura de su faz se trocó en espantosa lividez. Miró un instante al mayor sin decir palabra, viró en redondo y salió de la sala, é inmediatamente del círculo.

Campbell volvió á la mesa de juego. Acababa la última partida, ganada por Teddy. Quedaba á salvo su grado de teniente, y recuperaba la mitad de sus pérdidas, que Ely restituyó con hartó descontento.

—Ahora señores, si habéis terminado la partida, voy á proponer otra apuesta—dijo el mayor con acento singular que no dejó de causar alguna inquietud al pequeño vizconde.—Pero, teniendo en cuenta que la apuesta que voy á proponer es de carácter íntimo, acaso estos señores

tendrán la bondad de dejarnos por unos instantes.

El tono con que pronunció estas palabras no consentía advertencias ni preguntas. El pequeño grupo de espectadores se dispersó dejando á los dos jugadores cara á cara y en compañía del mayor.

Sin darles tiempo de hablar á los dos contrincantes, dijo al teniente, conservando toda su gravedad:

—Tengo el sentimiento de decir que desde que penetré en el salón he visto dos veces al señor Ely preguntando informes sobre el juego al señor Bourchier, quien miraba vuestras cartas. He hablado del hecho al señor Bourchier, y por ello ha abandonado el lugar. Voy á proponer que juguéis con el señor Ely una partida; y que sea la apuesta—apuesta que él aceptaría contra lo que le resta de lo ganado—su propio honor.

El vizconde se puso encendidísimo, mientras Teddy le miraba, petrificado.

—¡Me daréis cuenta de eso, mayor Campbell!—gritó el culpable.

—Antes de pedirme cuenta alguna, milord, examinad vuestra situación

—dijo friamente el mayor.—Yo hubiera podido desenmascararos públicamente, y no lo hice. Sois joven; os ofrezco un medio para rescatar vuestra dignidad. Como rehuséis, no vais á dejarme más alternativa que la de llamar á estos señores, y referirles lo que he visto y explicar porque es imposible un duelo entre nosotros.

Siguió á estas palabras una breve pausa. Ely mordíase los labios, ceji-junto, fijos los labios en las cartas; la vergüenza y la rabia le ahogaban impidiéndole hablar.

De pronto Hervey, que reflexionaba sobre la situación, tomó la palabra:

—Voy á suplicar una puesta distinta. Puede lord Ely conservar lo ganado, si le place. Al fin y al cabo, su honor es cosa hartopreciosa para que se la arriesgue contra una cantidad de dinero. La puesta que le ofrezco es la que tenía el intento de proponerle si la fortuna me hubiese favorecido, permitiéndome vencerle. Juego vuestro honor—continuó dirigiéndose francamente á su contrario por vez primera—contra vuestro secre-

to. Si pierdo, nada de lo ocurrido llegará á oídos de nadie. Si perdéis, me diréis la verdad acerca del complot tramado contra la princesa de Kent.

—¡Lleváis razón, Teddy! Esta es la puesta más oportuna.

El Vizconde miró intranquilo á uno y otro. Después del descubrimiento de Campbell era ya inútil fingir indignación y pretender que con tales palabras se le exigía una traición. A los ojos de ellos, estaba ya deshonrado. En cambio si aceptaba la proposición conservaba su honor intacto á los ojos del mundo.

—Acepto—dijo súbitamente.—Estoy en vuestro poder.

Juntó los naipes esparcidos sobre la mesa, y empezó á mezclarlos.

—¡Aguardad!—exclamó Teddy, á quien la excitación hacía vibrar la fantasía.—No jugaremos. Poned las cartas en medio de la mesa; cada uno de nosotros tomará una hasta que vos halléis un rey, ó yo una reina. El que saque primero su carta vencerá.

Ely aceptó tácitamente la idea de Hervey. Las cartas fueron mezcla-

das; el mayor Campbell puso el paquete sobre la mesa.

Empezó Teddy, y sacó un nueve de bastos; Ely un dos de oros; Teddy, una sota, y su corazón latió violentamente. Salieron un cinco de oros, un nueve, otro dos. Hervey, jadeante, extendió otra vez la mano, miró la carta, lanzó un grito, y soltó la reina de oros.

Los tres se levantaron bruscamente al mismo tiempo, y, con la misma unanimidad, volvieron á sentarse.

—¡Pues bien...!—dijo Teddy después de un minuto de absoluto silencio.

Y Ely empezó su relación.

—Sólo puedo deciros lo que yo conozca. Hará algunos meses, al entrar en el regimiento, Metcalfe y los demás empezaron á sondear mis opiniones sobre el duque de Cumberland. Apenas se dieron cuenta de que estaba dispuesto á oírles, me acompañaron á casa del barón Sturmer, y éste me convenció de que el Duque era el legítimo heredero del trono. Entonces me demostraron que fuera imposible obtener de un Parlamento reformista el re-

conocimiento de aquel derecho; que más que de una lucha entre rey y reina se trataba de una cuestión de aristocracia contra democracia, y que los partidarios del príncipe deberían componérselas á espaldas del Parlamento. Me exigieron un juramento de fidelidad al partido, y me narraron su plan. Todas sus esperanzas se fundaban en el ejército. El ejército era lo bastante fuerte para levantar al Príncipe á las gradas reales, si le placía. Claro que el ejército ajustaría su conducta á la de los regimientos de la guardia, y más de la mitad de estos —dijéronme—figuran en el complot. Apenas cunda la noticia de la muerte del Rey, el duque de Cumberland publicará un manifiesto en el cual se hará cargo de la corona y disolverá el Parlamento. Al propio tiempo los oficiales de la Guardia se sublevarán á favor suyo, ganando á los soldados con promesas de abundantes gratificaciones. Se cerrará el Parlamento y la Cámara de los Lore; se llevará á la carcel á cualquier miembro que quiera penetrar allí, se ocuparán los ministerios en

nombre del rey Ernesto, y la princesa será reducida á prisión. Acto seguido, el rey abolirá el acta de reforma y el acta de emancipación de los católicos, por haber sido arrebatadas á la fuerza, y reunirá un Parlamento según la ley antigua, el cual reconocerá sus derechos y votará un acta de garantía.

Tal fué, en sus líneas generales, la relación que hizo el vizconde á sus inmóviles oyentes; estos enmudecían ante la audacia del proyecto y consideraban las reales probabilidades de éxito que, á su parecer, ofrecía. Una sucesión disputada, una guerra civil, he aquí los menores daños que se columbraban en el horizonte.

—Vámonos;—dijo Campbell al fin, levantándose—esta es una cuestión demasiado importante para que la discutamos en este lugar. Volvamos al cuartel, á mi habitación. Lord Ely ¿tendréis inconveniente en acompañarnos?

El vizconde levantó los ojos, arrebolado por la vergüenza:

—Debo pedir algo—dijo en voz baja.—Odio á Sturmer y á toda su banda. Por ellos me he portado como

un pillo, lo sé perfectamente. Su intención era arruinar á Hervey, y hacer que le expulsaran del ejército, puesto que no habían conseguido matarle; y contaban conmigo como instrumento. Mas... yo no puedo quedarme con vuestro dinero, Hervey. Volved á tomarlo.

Y fué abandonando sus ganancias sobre la mesa.

Dudó Hervey un instante, pero su natural bondad alcanzó la victoria:

—Muy bien, Ely—dijo metiendo en sus bolsillos monedas y billetes.— En vuestra vida me oiréis mentar la cuestión de esta noche.

Y, esto diciendo, tendió la mano á su afortunado contrincante... Los tres hombres salieron del círculo y recorrieron en silencio las calles desiertas de la ciudad dormida... dormida en la más absoluta inconsciencia del alzamiento armado que se estaba tramando.



CAPITULO XI

LO QUE OCURRIÓ LA NOCHE DEL 19 DE JUNIO

LA noche del 18 de junio de 1837, mientras el reloj de la iglesia de Kensington daban las once, hubiera podido observarse una animación insólita en el palacio, de ordinario á tales horas enteramente calma.

La luna, baja aún en el cielo estival, dejaba la maciza fachada del palacio sumida en ciega sombra. A lo largo de los ángulos y rincones del palacio, exceptuando un ángulo del ala derecha, reinaban la obscuridad y el silencio. Pero en el piso principal, tras los cortinajes corridos